

La ruina de la modernidad

El pabellón de Bruselas, un espacio para la redención.

Bretón Belloso, Luis

Universidad Politécnica de Madrid, Dpto. de Proyectos Arquitectónicos, E.T.S.A.M., Madrid, España, lbretonb@gmail.com

Resumen

Quizás el más grande paradigma de la arquitectura moderna española. El Pabellón que, para la Exposición Universal de Bruselas de 1958, diseñaron José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún y cuya instalación convocó, junto a ellos, al más brillante y comprometido grupo de artistas para clamar ante el mundo, el espíritu y el anhelo de modernidad de un país sumido, por entonces, en el retraso, la pobreza y la incomunicación. En la actualidad permanece abandonado entre pinos y zarzas en algún lugar de la Casa de Campo. Acero, muro y rama forman ahora un conjunto inseparable.

Corrales, Molezún, Carvajal, Romany, Oíza, de la Sota, se reunían con Chillida, Oteiza, Gabino, Vaquero y otros, en mágicas y eternas veladas en las que reflexionaban con pasión sobre los valores y las virtudes que rescataran la cautiva cultura española. El auténtico espíritu de la modernidad, valiente e indomable, era lo que ellos encerraron como el más valioso de los tesoros dentro de aquella gema de hexágonos cristalinos que ahora se pudre en el olvido.

No hace mucho tiempo, en el marco de otra investigación, pude visitar las actuales ruinas del Pabellón. Constatando que su estado de conservación es perfecto. De ruina perfecta me refiero. ¡Y esto es extraordinario! Su ubicación, en el interior del recinto ferial, lo ha salvaguardado de ocupaciones indeseables y el absoluto olvido que ha sufrido por parte de las administraciones, incluidas las participadas por arquitectos, lo ha preservado en un estado casi mágico. Lo que, además de constituir un milagro, nos ofrece la fantástica posibilidad para su revisión.

El espacio arquitectónico es ahora algo más que un espacio físico, es un espacio reflexivo, capaz de trascender la materialidad del objeto. La pérdida absoluta de su función lo libera como arquitectura, posibilitando una contemplación al más alto nivel estético.

El ensayo reflexiona sobre la posibilidad de establecer una **“poética de la ruina”** que sea capaz de redimir la arquitectura que no fue asimilada en su momento. Sobre si es posible que desde su estado de debilidad extrema, la ruina arquitectónica pueda establecer un espacio trascendente y potencial del que extraer significados más ocultos y verdaderos. ¿Puede ser el espacio de la ruina un espacio para la redención. Entendiendo ésta como la vuelta de algo que ya se había perdido, y quizás, sólo alcanzable a través de la muerte o la tragedia? ¿Podremos, desde la interpretación, evocar de nuevo con autenticidad el espíritu de la obra?

Por otro lado, y desde un punto de vista más pragmático, se plantea cual debiera ser la manera de incorporar al pensamiento contemporáneo la ruina arquitectónica, ya no de la antigüedad, sino de la modernidad de aquellos primeros años del siglo XX. Ruinas que aparecerán con prontitud devolviéndonos, a los arquitectos, la memoria y los más inquietantes fantasmas de la razón.

Palabras clave: Pabellón de Bruselas, Corrales, Molezún, ruina, redención, oxidrilo.

Un paseo improvisado me llevó ante sus muros que reconocí al instante con el automatismo del buen estudiante. El edificio que algún día refulgió desde Flandes para iluminar el camino de los arquitectos españoles hacia el sueño de la modernidad, apenas se distinguía ahora entre las encinas y los pinos que habían enraizado a su abrigo, ocultándolo del devenir diario de la Casa de Campo. Muro y rama, formaban aquí un conjunto inseparable. No pude resistir la mística atracción que emana de aquella muralla quebrada y me acerque lentamente hasta tocarla. Su tacto arenoso y viejo. Su aparejo raso, perfecto, de otro tiempo. En sus esquinas las piezas se cruzan enteras, sin biselar y la arista se enhebra como la costura del mejor sastre.

Caminé muy despacio en torno a él, acariciándolo como a la ballena varada que agoniza en un estertor de arena y sal. Ladrillo, espigas y hojas secas hasta que topé con la áspera cancela que aun tenazmente encadenada no impediría mi furtiva incursión al interior de este espacio cautivo. Todo el pabellón se desparrama en un blanco y negro frenesí. Un intrincado laberinto de muros de ladrillo cobija la geométrica danza de finísimos pilares que sostienen, con asombrosa precisión, una cubierta encantada. Tan liviana y exacta que su trama triangular de delgados nervios y finísimas cartelas parece sostenerse gracias a un hechizo de otro tiempo.

No tardé en unirme al baile con el acero y la zarza, que se quebraba a mi paso produciendo el único sonido perceptible, junto con el viento y el canturreo de algún pájaro que reclamaba, al verme, su profanado paraíso. El pabellón arruinado es ahora más que un edificio. Es naturaleza y vida. Es podredumbre y óxido. Verdor y calima en verano. Rama y viento en invierno. Espiga en otoño y flor en primavera. También es piedra y metal y geometría y sueños y es memoria y libertad. No es un espacio ya, es un tiempo. Una arquitectura libre y pura que nos habla en un lenguaje emocionante que proviene del espíritu.

Los restos yacen, quizás para bien, en algún lugar de la Casa de Campo. ¡Qué maravilloso lugar! verbena y cementerio de modernidad en el que la sordidez y el campismo conviven, entre retamas y encinas, con una naturalidad surrealista. Y digo para bien, porque el estado de ruina material en el que actualmente se encuentra el pabellón lo significa de tal manera que su contemplación nos sitúa, sin duda, en niveles de aprehensión que de ninguna otro modo podemos alcanzar. Estudiaremos en el presente ensayo cómo éste espacio desmaterializado se convierte en un espacio reflexivo y trascendente que puede desvelar **significados enmascarados** mediante los cuales redimir la arquitectura que no fue comprendida ni asimilada en su momento.

Esta redención es posible al contemplar el acero corroído porque la cualidad material perdida se impregna de la interpretación aportada por el espectador que lo aproxima a la obra de una manera esencial. **La ruina nos habla**, como ya he dicho, desde el espíritu y a través de ella evocaremos el del 58 y quizás comprendamos lo que en su momento no pudimos ni como sociedad ni como arquitectos. ¡Escuchemos a la arquitectura desde su anhelo más profundo y sintamos su vocación verdadera! A flor de piel en estos hexágonos exfoliados. Su futuro, si lo comprendemos, no está en su olvido o su recuerdo. ¡Recuperémoslo para el siglo XXI con criticismo y valentía! Enfrentémonos ya a nuestros tabúes de colectivo ensimismado y arrogante.



(Fig. 1). Ruinas del Pabellón de Bruselas. Noviembre 2.013. Foto: Luis Bretón Belloso

El holandés errante y el príncipe de Dinamarca

El primer efecto que ejerce la ruina es, como detecta *Joseba Zulaika* en su "teoría de las ruinas de un etnógrafo", la de capturar nuestra atención, desplegando, para ello, ante nuestros ojos distraídos su apariencia enigmática. Las ruinas se muestran misteriosas porque son un despojo semántico de la arquitectura original. Su apariencia, causada por un proceso continuado de pérdida y deterioro material, se aleja cada vez más de las pretensiones primeras de la obra. Quedando a la deriva como aquel fantasmal navío de leyenda cuyo capitán pactó con el diablo su irreductibilidad ante los fragores de la naturaleza y que Dios condenó, por ello, a navegar eternamente sin rumbo y sin puerto. Barco y tripulación se desvanecen desde entonces en el horizonte más lejano de la conciencia. Desde allí, algunos creemos divisarlo o otros con certeza no.

Porque este mecanismo de atracción es, en cierta medida, recíproco. Y tiene que ver tanto con la imagen inesperada producida por los restos arquitectónicos, como con nuestra disponibilidad perceptiva. Lo desconocido, lo extraño, lo misterioso, lo enigmático son los agentes que actúan como atractores hacia el espacio de la ruina. Se activan sensaciones de inquietud y desasosiego incluso de intranquilidad, miedo o repulsión. La visión de la

edificación agredida, violenta nuestra mirada insensibilizada por la sobreexposición de estímulos que padecemos en nuestra actual sociedad del espectáculo.

Así que es una mirada atenta y desinhibida lo que primero reclamamos para divisar al “Holandés” en lontananza. ¡Cuántos son los edificios que reclaman desde el olvido una atención que ni los propios arquitectos procuramos! Restos de una arquitectura incomprendida, por avanzada, en su momento y sobre la que debemos volver la mirada ante el abismo de indecencia política y calamidad arquitectónica con la que hemos recibido al nuevo siglo. ¡Hay que contemplar la ruina! Debemos enfrentarnos a nuestros temores más arcaicos, a nuestras limitaciones, nuestros errores y a nuestra memoria. **No es antiguo hacerlo.** Sino valiente, crítico y moral. Actitudes todas ellas deseables para el que con su trabajo enarbola la bandera de su tiempo.

La ruina es la calavera de Yorick: “¡Ay! ¡Pobre Yorick! ¿Qué se hicieron de tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes que animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, faltar ya de músculos, ni puedes reírte de tu propia deformidad...” Así le habla Hamlet a los restos exhumados de su amigo de la infancia y bufón de la corte Yorick en la más famosa escena de la más universal obra de Shakespeare. La vida y la muerte, lo real y lo fantástico, la carne y el hueso. Cuando se establece esta dialéctica, la ruina nos habla. Hay escucharla. Porque su lenguaje manifiesta con crudeza nuestra naturaleza imperfecta y pasajera supeditada a los designios de la naturaleza y del tiempo. De esta manera la visión de la ruina nos sitúa en un elevado estado de **crítico y autocriticismo** capaz de quebrantar la más docta de las escalas de valores.

Si en las ruinas sólo reconocemos los valores históricos de un edificio extemporáneo que pertenece a una tradición lejana y ajena en el tiempo. El diálogo con la misma se produce en términos contemplativos que no dialécticos. Lo que nos lleva a situarnos en el concepto de monumento, “*monumentum*” o recuerdo. Y no es el objeto en sí, ni su valor material lo que nos abraza sino su testimonial y turbia pátina cultural. Lo que Walter Benjamin denominó “aura” o “**condición aurática**”. Es decir, la costra de significados históricos aportados por la institución de turno y transmitidos por la tradición. Es por tanto el mito y no el objeto lo que en este caso contemplamos. Siendo puramente ritual el valor de su conservación. Podremos en este momento referirnos a las múltiples teorías de la restauración enunciadas desde finales del siglo XVIII. Este es el caso de las ruinas de las culturas pre-modernas o anteriores a nuestra modernidad (greco-romanas, bárbaras, medievales, islámicas, renacentistas, barrocas...). Culturas y arquitecturas que no pertenecen a nuestro tiempo. Ajenas por completo a nuestro hacer y nuestro sentir. ¿Continuaremos el proceso de mistificación y repetiremos sin capacidad crítica el rito de su adoración al conservarlas?

Pero ¿Qué sucede cuando las entrañas que contemplamos, podridas y arruinadas, son la carne de nuestra carne. Cuando es nuestra propia sangre la que riega los vestigios, y nuestro pensar el que yace vencido frente a nuestros temerosos ojos? ¿Qué sucede cuando son las ruinas de nuestra propia modernidad las que contemplamos? Destruída la materia. Vencido nuestro mito. Traicionados nuestros sueños. ¿Cómo podremos seguir adelante sin reflexionar tan siquiera un instante sobre la idoneidad de las obras por entre cuyas calaveras caminamos? Algunas las hemos travestido, tal es el caso de la “Sede del Diario Pueblo” de Rafael Aburto, disfrazado de Moneo o de los “Laboratorios Farmacéuticos Made” de Fisac que ahora se visten de un Meyer barato. Y otras las hemos destruido en el silencio más cobarde, como es el caso del “Frontón Recoletos” de Zuazo y Torroja o la “Fábrica Monkey” de Alas y Casariego. Parece que entra en juego aquí una cierta actitud de retirada de lo molesto, de ocultamiento del conflicto, de entorpecimiento de la crítica. “Ojos que no ven corazón que no siente”. Y lo que es peor, un reconocimiento implícito de la derrota. Por nuestra parte, la de los arquitectos.

Pero nosotros, que hemos visto al “Holandés” y reconocido a “Yorick” en el Pabellón de Corrales y Molezún, estamos dispuestos a borrar toda la espesura aurática que lo hace inaccesible. Vamos a provocar la contemplación dialéctica con el edificio y a aportar nuestro parecer y nuestra interpretación para detener con ello la formación de la **costra compasiva**. Nos reuniremos para pensarlo o nos reuniremos para derribarlo.



(Fig 2). “The Flying Dutchman”. Albert Pinkham Ryder (1.887). Museo Nacional de Arte. Washington (artchive)
“Hamlet”. Marco Zamudio (1995). Colección Marco Zamudio

El espíritu del 58

“La autenticidad de una cosa es la cifra de todo lo que desde el origen puede transmitirse de ella”.

Es lo que dice Walter Benjamin cuando intenta explicar el complejo mecanismo de arrastre de contenidos a lo largo del tiempo y la cultura. ¿Qué es lo que arrastran las ruinas del Pabellón de España para la Exposición Universal de Bruselas de 1.958? ¿Qué verdades y mentiras se amontonan en el cadáver arquitectónico de la Casa de Campo? Las ruinas del edificio son imponentes. Dignas, sin duda, de la elaboración de lo que sería un valiosísimo reportaje, bien fotográfico, bien cinematográfico, que recogiera, en lo posible, el maravilloso aspecto que en la actualidad muestran. Tal es su grado de exuberancia. Documental, por otra parte, improbable, ya que son también estas ruinas la más explícita prueba de la dejadez de la administración en el cumplimiento de sus más básicas funciones. Pero no vamos a responsabilizar a nadie sin antes purgar la culpa que como arquitectos nos corresponde. Lo que no vamos a demorar más:

Corría el verano de 1.956 y unos jovencísimos José Antonio Corrales Gutiérrez (35 años) y Ramón Vázquez Molezún (34 años) viajaban por primera vez a Bruselas para reconocer, en el parque Heysel, el solar cedido a España para la instalación de su pabellón en la futura Exposición Universal a celebrar dos años más tarde. Acababan de ganar el concurso convocado por el Ministerio de Asuntos Exteriores y comenzaban aquí una de las mayores aventuras que jamás emprendió la arquitectura española. Épica y trágica como ninguna, que cuenta la lucha contra la ignorancia, el retraso y la indolencia de un pueblo subyugado por una dictadura indeseable. Una lucha que el corazón y el empeño sostuvieron con una osadía temeraria, y de la que obtuvieron, finalmente, la más amarga de las derrotas. Las ruinas por las que paseo ahora son, entre otras muchas cosas, eso. Los restos de una encarnizada batalla por la **conquista de la modernidad**. La arquitectura desolada nos desvela el triste resultado. Nadie ganó y todos perdimos. La arquitectura yace derrotada, pero no por el tiempo, sino por el olvido y el desinterés de una sociedad inculta y cobarde. No sólo la administración descuidó sus funciones. Nunca hubo un colectivo menos comprometido encargado de la salvaguarda de unos valores que debieron ser sagrados para los arquitectos. Se conquistó un tesoro en Flandes para abandonarlo luego en una huerta. Un pabellón que debiera haberse instalado en el Patio de los Reyes, y no en la Feria del Campo. Tal era lo que significaba. Hubiera alumbrado toda la arquitectura española de su tiempo, como el templete de Bramante alumbró, desde el patio de S. Pietro, todo El Renacimiento.



(Fig. 3) Templete en S. Pietro in Montorio. Bramante (1.502). Academia de España en Roma. Oxidrilo en el Patio de los Reyes. Alegoría. Autor: Luis Bretón Belloso

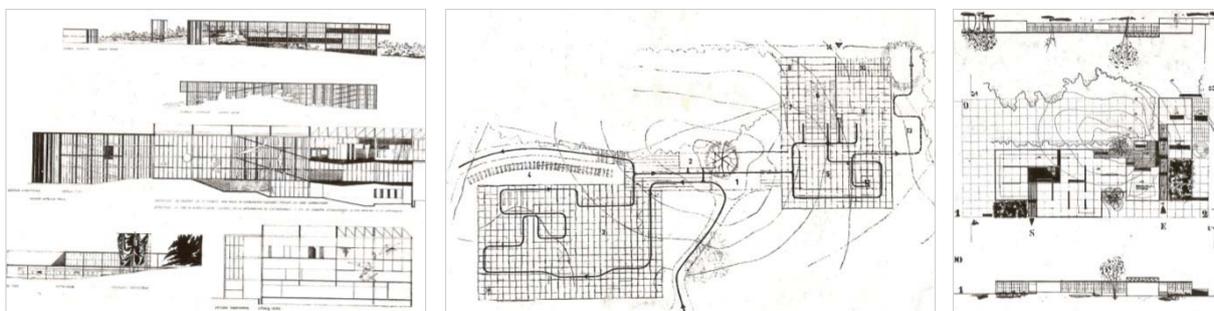
José Antonio y Ramón cruzaban Europa mientras los E.E.U.U. rediseñaban el orden mundial en el tablero de las recién creadas Naciones Unidas, a la vez que detonaban hasta 17 bombas nucleares en los atolones Bikini y Enewetak, en el Pacífico Sur. Tras haber promovido en los años 40 la resolución que condenó al régimen de Franco al ostracismo y a la exclusión internacional, firmaron, en 1.953 el llamado “Pacto de Madrid” por el que se comprometían a ayudar económicamente a España y a respaldar su ingreso en la O.N.U., que se hizo efectivo en diciembre de 1.955, a cambio del permiso para la instalación de bases militares en territorio español. Este fue el inicio de un aperturismo en el régimen franquista que se tradujo en **menos falange y más capital**. Con este ánimo preparaba el Ministerio de Asuntos Exteriores la comparecencia de España en la primera exposición universal a celebrar tras la segunda guerra mundial. Sería, cómo sabemos, en Bruselas, en tierras flamencas. Donde el fulgor del más grande imperio ya había deslumbrado al mundo cuatro siglos antes.

El motín

Los vientos de cambio soplaban y España tendría en la Expo la oportunidad de exhibir su posición y aspiraciones dentro del nuevo orden mundial. Al concurso, que tan brillantemente habían ganado Corrales y Molezún, se presentaron ocho propuestas. 1. Rafael Aburto; 2. Sobrini + Castro + Fdez. Plaza; 3. Beltrán de Lis+de Corral; 4. Barbero + Pérez Enciso + de la Joya + Echevarría; 5. Carlos de Miguel; 6. Leoz + Iñiguez de Onzoño + Ruiz Hervás + Vázquez de Castro; 7. Pablo Pintado y 8. Corrales + Molezún (finalmente ganadores). Ninguna de ellas

hablaba un lenguaje historicista, ni reivindicaba un estilo nacional. Al contrario, los ocho equipos de arquitectos proponían edificios de acero y cristal que, con mayor o menor candidez, respetaban las condiciones del concurso y anhelaban adherirse sin complejos a la moderna arquitectura internacional. La respuesta que los arquitectos españoles dieron a la convocatoria del ministerio fue una manifestación natural del nuevo espíritu que estaba surgiendo en la amordazada vanguardia española del momento. Es muy revelador cómo a la convocatoria del Ministerio no responden los arquitectos catalanes cuyas relaciones con el exterior ya estaban establecidas por su sección regional del G.A.T.E.P.A.C. (Sert, Bonet, Torres Clavé...) y en cierta medida "toleradas" por el régimen. El escaso interés que estos arquitectos mostraban por las iniciativas estatales, bien sea por la falta de confianza hacia las instituciones centrales, bien por sus intereses independentistas, nos advierte que los arquitectos de Madrid estarían solos, cómo lo estuvieron los primeros, en su particular conquista de la modernidad. Sin duda éste era el momento y éste era el concurso y la arquitectura madrileña respondió. Todos los equipos que acudieron pretendieron, cada uno en su medida, lo mismo. La modernidad española no quería auto-referirse ni construirse ensimismada. La modernidad española ansiaba relacionarse y lo expresaba con valentía. Lo que provocó una sensación de amotinamiento en el ministerio que seguramente Luis Martínez-Feduchi y Miguel Fisac, como miembros del jurado, supieron sossegar pero que no abandonó a los políticos en ninguna de las fases del proyecto, la obra y la posterior exposición. Llegando incluso a sospechar de un **sabotaje** previo entre todos los arquitectos participantes en el concurso, incluyendo a los dos jurados.

Así fue, cómo la arquitectura madrileña y por ende la española se "pronunció" contra Herrera y Villanueva para ponerse de largo en la Exposición de Bruselas de 1.958. Los ocho equipos entendieron con inteligencia, la importancia del concurso y de la muestra. Y ninguno falló. Todas las esperanzas estaban puestas ahora en el viaje de Corrales y Molezún a Bruselas, de cuyo éxito o fracaso dependería en gran medida la gravedad del retraso con que la arquitectura española afrontaría el establecimiento de su conciencia moderna.



(Fig 4.) Propuestas de Rafael Aburto, el equipo de Leoz + Iñiguez de Onzoño + Ruiz Hervás + Vazquez de Castro y de Carlos de Miguel para el concurso del Pabellón de Bruselas (1.956). Fuente: "Pabellón de Bruselas 58. Corrales y Molezún" Andrés Cánovas. Ministerio de la Vivienda y Dpto de Proyectos de la ETSAM. 2005

El vuelo de las golondrinas

Los dos arquitectos, que acababan de terminar las obras del Centro de Segunda Enseñanza de Herrera de Pisuegra, efectuaron la pertinente toma de datos en el Parque Heysel. El solar presentaba, tal y como advertían las bases del concurso, una ligera pendiente y cierto arbolado a respetar, aspectos que su diseño ya resolvía. A su vuelta a Madrid, en su estudio de la C/ Bretón de los Herreros, dedicaron el resto del verano a la redacción del proyecto de ejecución que entregaron en Octubre de 1956.

Durante esta década de los 50 el gobierno franquista decide por fin terminar con la fatal autarquía que había condenado al país a una miseria y a un retraso indecente desde el final de la Guerra Civil. Esta pobreza sobrevinida también afectaba a la arquitectura que penaba entre una falta de materiales, tecnologías e ideas que amenazaba con el anquilosamiento total. Recordemos que este mismo año se estaban finalizando las obras del mastodóntico edificio del Ejército del Aire en la Plaza de la Moncloa, una arquitectura con cuatrocientos años de retraso. Afortunadamente, el pacto con los americanos conllevó un giro de la política económica, que liberalizó, en parte, los precios y abrió el comercio. Concluyéndose los planes de racionamiento en 1.952. Para finalizar con la transformación administrativa en 1.957 cuando un grupo de tecnócratas del Opus Dei entró en el gobierno dando el giro definitivo a la economía española.

En este contexto político incierto, con las administraciones todavía en construcción, las normativas eran escasas, muchas estaban redactándose. Así que la indefinición de competencias y la falta de control sobre muchos procedimientos, era paradójicamente lo que se encontraban nuestros arquitectos que volaban ágiles, rápidos y eficaces como golondrinas entre los resquicios de las mastodónticas estructuras del régimen. Esta insuficiencia de la administración propicio una libertad de acción que estos arquitectos supieron aprovechar defendiendo sus propuestas con aguda perspicacia. Siendo la astucia y la valentía en los ministerios lo que, en opinión de José Antonio Corrales propició la construcción de muchos de los magníficos edificios de la época.

El nuestro fue un claro ejemplo. Numerosas fueron las reuniones que mantuvieron Corrales y Molezún en ministerios, juntas y consejos de estado, y mucha fue la crispación que sembraron entre los nuevos políticos responsables del gobierno, los estamentos artístico-culturales y la propia sociedad. Miguel Fisac lo comentó así:

"Pabellón que, terminado, agradó a muy pocos y molestado a los más". Aquel panal de hexágonos plateados, de geometría y sencillez extremas, liviano y preciso, no representaba en absoluto la realidad de la sociedad española del momento. Representaba una aspiración, un sueño, el ideal de una España por llegar. Tan grande como lo muestran ahora sus ruinas. La esbeltez de sus pilares, bajo su costra de óxido, nos habla de una fuerza poderosa, la pureza de su geometría, desnuda y violentada, de una aspiración insuperable y la claridad de su traza, ahora desvanecida entre la zarza, de una inteligencia extrema. Pero nada de esto se entendió. Y sólo la tenacidad, la rapidez y la eficacia de estos arquitectos propiciaron las condiciones para que se produjera el milagro. Golondrinas que volaban inquietas y rebosantes de energía, convirtiendo la necesidad en virtud anunciando una primavera por llegar.

La primavera

1.957. Con la obra ya en marcha, adjudicada a la empresa constructora local "Latoir" por 20 mill de francos, el Ministerio vuelve a convocar un segundo concurso para el diseño de la instalación interior del pabellón. Y para esta batalla, que también ganaron, Corrales y Molezún reclutaron al grupo de artistas más increíble que se pueda imaginar. Todos alumbrados por la lámpara de la arquitectura. Joaquín Vaquero Turcios, que participó en esa inmortal comunidad dijo del proyecto: *"Inteligente, claro, nuevo, versátil, austero y bello... brillaba más aún que como un objeto, brillaba como una idea"*. Así que uno tras otro, todos los arquitectos y artistas que fueron reclamados, se unieron a la primera cruzada por la conquista de la modernidad.

El listado, leído en la actualidad, nos sobrecoge por su excelencia. A los dos arquitectos autores del proyecto se les unieron, Javier Carvajal (31 años) que venía de estar pensionado en la Academia de Bellas Artes de Roma, José Luis Romany (35 años) recién Premio Nacional de Arquitectura, Francisco Javier Sáenz de Oíza (38 años) que compartió galardón con éste último y acababa de terminar el Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu y Alejandro de la Sota (43 años) en plena construcción del Gobierno Civil de Tarragona. Seis jóvenes arquitectos cuyo espíritu renovador y comprometido, se decantó junto al de los escultores Eduardo Chillida, Amadeo Gabino, Jorge Oteiza, al de los pintores Nestor Basterrechea, José María de Labra, Pascual de Lara, Manuel Sánchez Molezún y Joaquín Vaquero Turcios, al del cineasta Luis García Berlanga y al del escritor José María Valverde. Tal concentración de genialidad, ahora inconcebible, fue la mayor de las manifestaciones de este espíritu de los 50 que reivindicamos. Innumerables fueron las anécdotas que cuenta Vaquero Turcios sobre el devenir de esta cofradía. Que se reunían nocturnidad y alevosía en el estudio de Ramón Vázquez Molezún para discutir sobre el concepto de España y la más adecuada representación de su esencia. Se proponían ideas magníficas y surrealistas. Como que el pabellón fuera un lugar vacío y abstracto, un lugar de descanso que solamente contuviera dibujos de Picasso, versos de Juan Ramón y música de Falla. O que se soltara en su interior un famélico galgo negro que, en lugar de hacer las veces de Felipe II, fuera en verdad Felipe II. Se comparaba a España con un **oxidrilo**¹ cuya representación es hexagonal y sus tres valencias químicas bien pudieran haber sido Santa Teresa, Manolete y El Greco... A la vez, Corrales y Molezún iban y venían de Bruselas en el Citroën 2 CV de José Antonio que más tarde acabaría en manos de Rafael Moneo. ¡Todo fue mágico! Fue una primavera que florecía en Febrero. Se pensaba con una libertad y una imaginación desmedidas. Se luchaba contra el intervencionismo del Ministerio, que cada vez era mayor, y obstinadamente recordaba a los embriagados artistas, el sombrero cordobés, las almadrabas de Cádiz, el tren articulado de Goicoechea Oriol o a José de Churriguera.

Juventud, valentía y mucho trabajo es lo que recordaban estos pioneros. Más aun cuando, hartos el Ministerio de su actitud y con la intención de estrangular el "sabotaje", recortó la financiación al "casi cero" absoluto. Lo que obligó a los arquitectos a duplicar su esfuerzo y la audacia con la que solventar los problemas. Terminar el pabellón se convirtió en una guerra que no se podía perder. La credibilidad de la arquitectura moderna española estaba en juego. El suelo del pabellón lo terminó una cuadrilla de soladores valencianos que trabajaban escondidos y todos los días llegaban con gabardina y traje haciéndose pasar por técnicos para sortear el control del sindicato belga de trabajadores. Las obras de arte llegaban en camiones de mudanza mezclados con enseres de los trabajadores de la embajada. Bocetos de Picasso y manuscritos de Cervantes junto con mesas y ropas para los funcionarios. Sin seguridad, sin identificación y a cargo del inocente camionero que de "todas todas", desconocía la valía de su carga. Antes de la inauguración Isabel y Elena las mujeres de José Antonio y Ramón se afanaban en limpiar los cristales y los rincones del pabellón que abrió sus puertas el 17 de Abril de 1.958, con el florecer de los tulipanes.

El invierno

La exposición duró hasta finales de Octubre y el pabellón español fue reconocido por la crítica internacional como una de las mejores arquitecturas de toda la muestra, exhibiéndose sin complejos junto a un Pietilä y a un Le Corbusier. Corrales y Molezún fueron nombrados "Caballeros de la Orden de Leopoldo" por el gobierno belga y Yona Friedmann les solicitó por carta unirse al grupo "G.E.A.M." y formar parte del "Manifiesto de la arquitectura móvil". El pabellón español estaba a la altura de la mejor arquitectura mundial. No obstante bajo su luminosidad y transparencia aquel mágico oxidrilo albergaba las cofias de las religiosas, el charol de los tricornos, mantillas, peinetas y una plétora de trajes regionales que habitaban el edificio como un tejido canceroso. La España más negra en el suelo se contraponía con una nueva y blanca en el cielo. Una dicotomía que se mostró tan explícita que condenó al pabellón al **ostracismo** cuando éste regresó a España.

Era invierno y el edificio se trasladó desde la exitosa Expo para volver a ser montado, previa reconfiguración de sus módulos, en un solar de la actual Casa de Campo. Los ecos de Bruselas, aunque todavía fuertes, comenzaban a sonar en la distancia. Su propiedad y mantenimiento fueron, en principio, asignados al Ministerio de Agricultura que lo infrutilizó sin criterio hasta que lo traspasó en 1.967 al Comisariado de la Feria del Campo. Encargándole a José Luis Fernández del Amo su adaptación y ampliación. *“Edificio de destino ingrato, mal entendido y mal conservado”* se lamentó el arquitecto denunciando, ya entonces, el estado de incompreensión y abandono que el pabellón sufría. Durante los siguientes 10 años, el pabellón se mantuvo en uso, hasta el último certamen de la Feria en 1.975. Dos años más tarde, todo el complejo pasaría a ser responsabilidad del ayuntamiento de Madrid que, desde 1.977, lo desatiende con voluntad y eficacia. En los años 90, un poco antes de la muerte de Ramón Vázquez Molezún, los arquitectos hicieron varias propuestas para su reconstrucción y traslado. Pero no se llegó a generar el suficiente apoyo ni el interés necesario para que alguna de ellas fructificara. Treinta años después, el P.I.B. español se situaba en el octavo puesto del ranking mundial pero el pabellón seguía siendo una entelequia incomprendida. Resuenan de nuevo las palabras de Fdez. Del Amo *“Edificio de destino ingrato, mal entendido y mal conservado”*.

Ahora, bajo los hexágonos arruinados puedo ver trozos de cielo y una cubierta de trapo. En muchas zonas sólo queda ya la estructura de acero como una espina de pescado y los pájaros y algún gato habitan un territorio bárbaro. Me estremezco al pensar cuánto de ese espíritu del 1.958 se ha perdido por la dejadez de la administración y de los arquitectos. Y más aún cuando, entre la suciedad y el desecho, admiro una arquitectura que, como El Cid, continúa ganando sus batallas aún después de muerta. Y me pregunto cuánto de España hay en su administración y cuánto en sus arquitectos. Y me lamento viendo calcinados el talento, el esfuerzo y la genialidad que se aparecen ante mí como fantasmas atrapados en este purgatorio hexagonal. Porque el pabellón que se concibió para representar la más pura esencia de España todavía lo hace con un vigor que estremece. Y si en la exposición de Bruselas nos hablaba como Don Quijote, de grandeza, valor y coraje ahora lo hace como Sancho Panza de abandono, descuido y desamparo. Atrapando con la tenacidad de nuestra propia conciencia los fracasos y pecados más profundos de una sociedad indiferente.

Pero yo estoy aquí y lo escucho. Yo lo comprendo. Y escribo para el que lo quiera escuchar y lo quiera comprender. Una redención es posible.

La redención

En la primavera de 2.007, sólo tres años antes de su fallecimiento, José Antonio Corrales concedía una entrevista al periódico “El Mundo”. La reseña final en el medio fue muy breve. Apenas 600 palabras en su edición digital que pasaron desapercibidas hasta para los interesados más leídos. De aquellas, sólo 150 eran literales del arquitecto y desprendían tanta resignación como sabiduría:

- *“La obra no tuvo ningún éxito en España. La trajeron aquí por obligación. Mi sensación es que el edificio no está comprendido ni por la sociedad, ni por la administración, ni por los propios compañeros. Nunca hubo una acción de apoyo lo suficientemente fuerte”* decía asumiendo la derrota.

- *“El pabellón ya no se puede reconstruir. Habría que buscarle una función tal y como está. Utilizar parte de los hexágonos sin cerramiento alguno, como sombrillas para dar sombra, adosados a una estructura que contuviera un pequeño restaurante o un centro cultural de barrio, esa sería una solución”* decía exhalando el último estertor del espíritu del 58.

Javier Carvajal fue, de todos los arquitectos que compusieron aquella inolvidable cruzada, el último en morir. Lo hizo en Junio de 2.013 y con su muerte libero al pabellón de uno de sus más pesadas condenas. La de la sumisión al *mito* de sus creadores. El pabellón, que ha estado secuestrado por el mito, ahora es libre en su orfandad. Debemos certificar la muerte del oxidrilo e intervenir la arquitectura sin prejuicios. Recuperándola con el espíritu del 58. Exorcicemos el espacio, liberémoslo del mito y la leyenda. ¡Que vuelen, de nuevo, libres las golondrinas! Pero esto no será nunca labor del político ni del gestor. Sólo el arquitecto desde la más profunda autocrítica podrá actuar sobre las huellas de los Caballeros de San Leopoldo. Sólo el arquitecto podrá levantar con sus propias manos y su trabajo una nueva obra, altiva como la primera pero con nuevos y recuperados valores. Nombro, desde aquí, a los arquitectos, guardianes del espíritu del 58, para que su luz no se apague nunca. Y los señalo responsables únicos de la ideación del **Nuevo Pabellón de Bruselas**, que redima las ruinas del que ya no volverá. No está la respuesta en otras manos que en las nuestras.



(Fig. 5). El Nuevo Pabellón de Bruselas. (2.014) Luis Bretón Beloso

Notas

1. Oxidril: Anión de carga negativa (OH⁻), también denominado hidroxilo, compuesto por un átomo de oxígeno y otro de hidrógeno característico de los alcoholes, fenoles y ácidos carboxílicos.

Bibliografía

Libros

ZULAIKA Joseba / *“La ruina de la teoría y la teoría de las ruinas”* / Revista de Antropología Social / Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2.006

HERNANDEZ LEON, Juan Miguel / *“Autenticidad y Monumento”* / Madrid: Abada Editores, 2.013

BERTNARD TCHUMI / *“Arquitectura y Transgresión”* / Textos de Teoría, Historia y Crítica de la arquitectura / Santiago de Chile: Universidad PUC

BACHELARD, Gastón / *“La Poética del Espacio”* / Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina, 2.000. Cuarta Edición.

BENJAMIN WALTER / *“La Obra de Arte en la época de su reproductibilidad técnica”* / México D.F: Editorial Itaca, 2.003.

CANOVAS, Andrés / *“Pabellón de Bruselas 58. Corrales y Molezún”* / Madrid: Ministerio de la vivienda y Dpto. de Proyectos de la ETSAM, 2.005

CAPITEL, Antón / *“Arquitectura española años 50 – años 80”* / Madrid: MOPU, 1.986

TORRES TUR, Elías / *“Medalla de Oro de la Arquitectura, 1.992”* / Madrid: Consejo Superior de Arquitectos de España, 1.992

ESTEBAN MALUENDA, Ana / *“La Modernidad Importada”* / Madrid: Cuaderno de Notas 12. E.T.S.A.M,

POZO, José Manuel / *“Los brillantes 50 – 35 proyectos”* Catalogo de la Exposición / Pamplona: T6 Ediciones, 2003

Medios y Prensa

Diario “ABC” / 22 Febrero de 2001 / *“El Pabellón de los hexágonos se traslada al Campo de las Naciones”*.

Diario “EL MUNDO” / 22 de Marzo de 2004 / *“J.A. Corrales. Premio Camuñas de Arquitectura”*.

Diario “EL MUNDO” / 20 de Mayo de 2007 / *“Una joya arquitectónica se pudre en la Casa de Campo”*

Radio Circulo de BBAA / Programa: Planeta Beta / 11 de Febrero de 2010 / *Entrevista con Jose Antonio Corrales y Joaquín Vaquero Turcios.*

ARCHIVO HISTORIO DEL COAM

Biografía

Luis Bretón Belloso. Arnedo, La Rioja (1.972) / Arquitecto por la E.T.S.A de Valladolid. Colaboración con la Universidad de Fez, Marruecos (1.993) / Seminario Internacional “Regeneración y Futuro de los Centros Metropolitanos” (1.996) / Becario en el Dpto. de Urbanismo (1.998) / Seminario Internacional “Planeamiento Urbano Territorial en el Siglo XXI” (1.999) / Cursos de Doctorado Teoría y Crítica de Arquitectura en la E.T.S.A. de Madrid (1.999) / Curso Internacional de Verano de la Universidad de Alcalá de Henares. “Energías y Alternativas” + “Hábitat Metropolitano” (2.000) / Fundador ARX-arquitectos-MADRID (2.001) / Publicación en PostBooks Revista de Arquitectura y Cine, núm. 4 (2.003) / Publicación en DOMUS. Suplemento núm. 940 (Oct. 2.010) / Máster de Proyectos de Arquitectura Avanzada. E.T.S.A.M. (2.013)